

Sigmund Freud detective

Mauricio Molina



Parte de la colección de antigüedades y de la biblioteca de Freud

El relato detectivesco y la arqueología fueron grandes aficiones del siglo XIX. Los relatos analíticos de Edgar Allan Poe, novelas como *La piedra lunar* de Wilkie Collins o personajes como Sherlock Holmes participan, junto a las grandes expediciones a Egipto, Palenque y Troya, de un mismo *pathos*: el arqueólogo y el detective buscan claves, secretos ocultos, jeroglíficos o señales y es entre los muertos donde encuentran sus respuestas y reconstruyen historias de turbios asesinatos, extraños rituales y mitologías alucinantes.

Entre todos los arqueólogos y detectives, es posible que ninguno haya sido más original que el doctor Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, filósofo de la cultura e intérprete de sueños. A la manera del arqueólogo, Freud diseñó un método consistente en desprender capa tras capa los diversos estratos de la conciencia para introducirse en los pasadizos secretos del subconsciente. Como detective andaba en busca de claves para descifrar el trauma, el deseo oculto, la oscura y huidiza identidad secreta de sus pacientes. Como en los mejores relatos detectivescos, casi todos sus pacientes eran mujeres metidas en problemas. Como arqueólogo, Freud descubrió nada menos que los remotos estratos del subconsciente, utilizando en su diván un método semejante al del explorador que va en busca de objetos enterrados en la mente de las heroínas de sus relatos.

Freud fue un hombre preocupado por los pormenores y detalles del relato. El talento narrativo de Freud es innegable y sus dotes arqueológicas y detectivescas lo llevaron a descubrir los demonios de la neurosis en un antiguo manuscrito del siglo XVII o el caso muy elaborado de una mujer que creyó que su amante le había tomado fotos durante sus clandestinos encuentros eróticos. En *Los crímenes de la calle Morgue*, E.A. Poe definió en el personaje de Auguste Dupin al detective culto, aristocrático y diletante que sin salir de su habitación descubre al orangután asesino que causa el terror en París. Freud es, sin duda, la mejor encarnación de este arquetipo del detective como sabio: un hombre que sin salir de su consultorio descubre, con las armas de la inteligencia, a esa entidad oscura que continuamente nos acecha en los sueños, en los actos fallidos, en los chistes, en los recuerdos eclipsados por el trauma.

En su libro *El canon occidental*, Harold Bloom ubica a Freud como un habitante ilustre de nuestra era, la que el estudioso norteamericano ha llamado la Edad Caótica, y lo define como “el Montaigne del siglo XX”. Las meditaciones de Freud en torno a cuestiones universales como el sueño, la individualidad, el deseo y la muerte constituyen verdaderas elaboraciones plenas de inteligencia y profundidad. Libros como *La psicopatología de la vida cotidiana*, *La interpretación de los sueños* o *El malestar de*

nuestra cultura no sólo son inevitables puntos de referencia de nuestro tiempo, sino imprescindibles reflexiones sobre la naturaleza humana, tan penetrantes como las de Pascal, Kierkegaard o Nietzsche.

Sin argumentar la incierta científicidad de los fundamentos del psicoanálisis (a estas alturas del milenio, ¿existe científicismo que no sea una forma de ficción?) o la eficacia de sus métodos, los libros de Freud constituyen verdaderas aventuras. Comprobables o no, las indagaciones de este detective-arqueólogo que escarba en los rincones secretos de la mente humana resultan verdaderamente apasionantes y obligan a su reconsideración y relectura.

Si las meditaciones de Freud en torno a la neurosis, la histeria o los sueños lo presentan como un autor de estirpe filosófica, el recuento de sus “casos” lo hace un narrador nato. Al partir de una premisa inicial y desarrollarla en un paciente, Freud escribió relatos cuya composición, desde la presentación del personaje hasta la solución del conflicto que le aqueja, recuerda los métodos que utilizan los cuentistas y novelistas para componer sus obras.

Se ha comparado de manera demasiado historicista a quien fue llamado por el escritor ruso Vladimir Nabokov “El médico vudú de Viena”, con Marx, Nietzsche y Einstein. Sin embargo, me gustaría pensar que *La interpretación de los sueños* forma parte de una trilogía junto con *Viaje al centro de la tierra* de Julio Verne y *Mo by Dick* de Herman Melville. Como en los relatos presentados por Freud, que descifran las imágenes de los sueños de sus personajes para encontrar elementos simbólicos ocultos, en las novelas mencionadas el “contenido manifiesto” —la narración de los hechos novelescos— sugiere un “contenido latente” aún más enigmático y misterioso. En la novela de Julio Verne, más allá de los volcanes repletos de lava ardiente y sulfurosa, los cráteres plenos de limo seminal o el terror atávico a los monstruos primigenios que acechan en las cavernas, se encuentra, como lo ha señalado Julio Cortázar, un turbio erotismo que confunde la pulsión de vida y la pulsión de muerte, Eros y Tanatos mezclados en los estratos más primitivos del inconsciente, ahí donde lo orgánico y lo inerte disuelven sus límites. En la novela de Melville, en cambio, bajo la locura de un capitán Ahab mutilado que busca vengarse de la terrible Ballena Blanca se nos aparece, en



Al ascender a un avión, Berlín, 1930

proporciones monumentales, el clásico drama edípico: la enorme Madre albina, castrante y oceánica, bíblico Behemot, causante del Mal originario que provoca la melancolía, la neurosis, y cuya destrucción sólo puede conducir hacia la muerte.

Borges afirmó alguna vez que la filosofía era una de las formas de la literatura fantástica. La obra de Freud parece confirmar este apotegma. Cuando el tiempo haya hecho su trabajo y Freud sea leído como hoy leemos a Artemidoro, a Macrobio, a Spinoza o a Montaigne sus libros seguramente serán parte del repertorio clásico del siglo XX, y sin duda seguirán arrojando una poderosa luz de asombro a sus futuros lectores. ■

Entre todos los arqueólogos y detectives, es posible que ninguno haya sido más original que el doctor Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, filósofo de la cultura e intérprete de sueños.